



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI  
FOROS DE LITERATURA

## FORO: NOVELISTAS VENEZOLANAS DE NUESTROS DÍAS



Miércoles 15 de febrero	Lunes 26 de marzo
<b>NOVELISTAS VENEZOLANAS DE NUESTROS DÍAS</b> Participantes: <b>Helena Arellano Mayz</b> , escritora, autora de <i>Lances, lunares y luces</i> <b>Gisela Cappellin</b> , escritora, autora de <i>La cena</i> y <i>Primavera en Berlín</i> <b>Mariana Libertad</b> , escritora, autora de <i>Deambulando hacia la lumbre</i> . Moderador: profesor Karl Krispin.	<b>LA LITERATURA DE PAUL AUSTER</b> Participantes: <b>Jonathan Bustamante</b> , librero de Alejandria II <b>Helene Zaragoza</b> , profesora de la Universidad Metropolitana <b>Karl Krispin</b> , profesor de la Universidad Metropolitana <b>Edgardo Mondolfi</b> , profesor de la Universidad Metropolitana. Moderadora: profesora Myriam Berrizbelia.

UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
www.unimet.edu.ve

“Novelistas venezolanas de nuestros tiempos”

15 de febrero de 2011 a las 12:15 PM, auditorio Manoa.

Invitadas: Gisela Cappellin, Helena Arellano Mayz y Mariana Libertad

Moderador: Karl Krispin.

**MODERADOR: KARL KRISPIN**

**GISELA CAPELLIN**

Cuando el Profesor Karl Krispin me invitó a hablar a sus estudiantes de la Universidad Metropolitana sobre la experiencia de escribir, lo primero que me planteé fue la interrogante de cómo se puede motivar a un grupo de jóvenes, con los sentidos acostumbrados a percibir un constante disparo de estímulos, a escuchar con atención la exposición verbal de una sola persona.

Los muchachos están habituados a manejar, simultáneamente, varias redes sociales, en medios cargados de mensajes luminosos, sonoros y veloces. Pensé que al dirigirse a un público universitario, el locutor debe gritar o dar brincos para llamar su atención. Para sorprenderles, imaginé inclusive la necesidad de un vestuario extraordinario, de súper héroe galáctico de los que tienen poder sobre las constelaciones. Sin embargo, finalmente, recurrí a mi humanidad, sin más elemento que la simpleza del lenguaje.

Actualmente, ante cualquier inquietud, los estudiantes consiguen respuestas inmediatas.

Los alumnos se mueven al ritmo de una vida sobrecargada de información. Lo que les diga a ustedes, jóvenes que asisten a esta charla de "una mujer que escribe y cuenta su experiencia como escritora", será imperceptible entre todos los temas que tratan durante sus muchas horas de estudio. Parece un contrasentido hablar favorablemente de la escritura, un sistema de comunicación que empezó hace más de cinco mil años. Resulta una especie de locura hacer creer que, existiendo la telefonía y la computación, hay seres humanos que obvian la posibilidad de apretar un botón para enviar mensajes sensacionales y piensan que escribiendo, la comunicación es más efectiva.

En la ajetreada vida contemporánea, donde las horas transcurren rápido y hay la tendencia a no perder el tiempo, es extraño recibir una invitación a "hacer un alto en las actividades cotidianas, para que se pongan a escribir". Vender la escritura como hábito favorable es un proceso poco común, de hecho no está para nada publicitado. Generalmente se anuncian licores para alegrar el espíritu, electrodomésticos para facilitar la vida y zapatos de goma para aumentar la velocidad, pero no se consiguen anuncios que digan: ¡Hey, escriba, que algo queda!

Para ser más creíble este planteamiento, de la escritura como algo fantástico, debo impregnar las mentes de quienes me escuchan, únicamente con la ayuda de la palabra. Tendré que armarme de coraje para darles a entender que los veintiocho caracteres del abecedario conforman la más poderosa arma para elevar la imaginación: la escritura.

Aunque es divertido estar con amigos, navegar por Internet o ver una película, alguno de ustedes a veces tendrá la sensación de que nada le satisface. Creo que más de uno de los presentes sabrá a lo que me refiero y habrá experimentado esa sensación de insatisfacción. Pienso que escribir tiene que ver con esto. Se escribe por aburrimiento, dijo una escritora venezolana en siglos pasados. Independientemente de la época, siempre habrá mentes inquietas y éstas se fastidian con facilidad. Si a alguno de ustedes les ocurre que, por mayor y variada sea la información que recibe, paralelamente están pensando en otra cosa, interpretan lo que se les dice e imaginan cómo pueden decirlo de manera diferente, entonces les recomiendo escribir. Cuando, a pesar del bombardeo mediático o como consecuencia de este, se tiene una manera desbordada de pensar, cuando es evidente el exceso de energía dentro de la cabeza, es práctico descargar esa inquietud a través de la escritura. Resulta un alivio drenar los pensamientos escribiendo, simplemente soltando palabras, en un ejercicio de catarsis en el que se dibujan letras. (Soy de la generación del lápiz, en el poemario *Sicalipsis* elogio "el roce del grafito sobre el blanco, desnudo e intacto papel"). Frente a la computadora es interesante teclear las ideas que hacen ebullición en la cabeza e ir viendo como los textos van tomando forma: a veces surgen frases interesantes, en un juego entre el pensamiento y los dedos sobre el teclado. Podemos escribir nuestro criterio cuando deseamos oponernos a algo o extender la idea de un tema planteado por otra persona. También es posible expresar un sentimiento cualquiera: la emoción cuando nos acercamos a quien nos despierta exacerbadamente la química; la impotente rabia que nos incita la incapacidad de algunos funcionarios públicos; la sensación nostálgica ante un recuerdo o una ausencia. Dependerá de cada quien utilizar la mente en algo entretenido, productivo y que no haga daño. La escritura es más económica que otras actividades de

entretenimiento y a diferencia de algunas prácticas deportivas, no depende del clima o de espacios acondicionados para poder realizarla. Es menos peligrosa que los deportes extremos, aunque en las primeras ocasiones en las que uno enseña lo que ha escrito se puede sentir tanto terror como saltar en paracaídas.

Otra forma de explicar qué obliga a alguien a escribir, es representarlo como "tener apetito dentro de la cabeza". Se escribe porque hay insatisfacción interna, un sentimiento de que algo falta; digamos que se tiene adentro un vacío, un hueco por hambre mental. Escribir es una fagia que se alimenta de ideas y da como resultado una extraña manía de autoalimentación: el escritor come de su propio pensamiento. Pero hay algo que se debe aclarar, el pensamiento es nutritivo sólo cuando se robustece con el pensamiento de otros escritores (El que quiera ser escritor debe leer, y mientras más se lea, mayor aliento tendrán sus pensamientos).

En uno de los relatos cortos del libro *Espacios privados* titulado *En un lugar*, ilustro esta imagen de la tarea del escritor: "Sus letras son la manera en que su mente decanta las lecturas. Considera que escribir es un proceso biológico, igual que respirar, en el que tras entrar en su organismo una materia externa, en este caso palabras, la transforma, no en anhídrido carbónico, sino en nuevas ideas."

Por otro lado, creer en sus habilidades lleva al escritor a compartir sus escritos. Una cierta vanidad nos hace suponer que nuestra manera de pensar puede interesarle a los demás. Hay quienes sienten la necesidad imperiosa de contar algo y escriben sin pensar a quien va dirigida la información. Otros escritores desean comunicar y esperan una respuesta o reacción de los lectores. Según mi criterio, si se publica, un escritor debe respetar a sus lectores. Hay que tener agradecimiento hacia esas personas que seleccionan una obra entre otras, que pagan dinero por ella y más aún, que buscan el tiempo para leerla. Por eso, los textos que se presenten al público deben estar preparados para ser expuestos; esto lleva al escritor a una inagotable revisión y no estará tranquilo hasta estar seguro de que la calidad de lo planteado reflejará, de la mejor manera, lo que se pretende decir.

Concebir una novela es parecido a tejer un suéter. Sabemos que vamos a confeccionar una prenda para abrigarse del frío. En el camino iremos decidiendo qué tan largas tendrá las mangas, si tendrá el cuello redondo o si llevará botones. Mi experiencia al escribir *La cena*, la primera novela breve que publiqué fue la siguiente: Vivíamos en ese entonces con la sensación de que tendríamos que salir corriendo del país, la instauración de un régimen comunista parecía inminente. Aunque yo no tenía deseos de marcharme, escuchaba a la gente a mí alrededor mencionar las cosas que llevarían consigo en caso de tener que abandonar nuestra tierra. Algunos mencionaban artículos de valor económico, otros afectivos como fotografías. Yo sentía la angustia de que estando en el exterior, no iba a poder explicar los hábitos y buenas costumbres de una vida habituada a las comodidades de una familia instaurada en una misma tierra por varias generaciones. Como considero que una mesa de comer es el mejor escenario para ejemplificar costumbres, decidí narrar la experiencia de una invitación a cenar. Mientras iba escribiendo fueron surgiendo nuevas ideas y personajes. Escribir esta novela breve, fue un delicioso acto creativo pero lo más sorprendente ha sido escuchar las diferentes interpretaciones de quienes lo han leído. En

el arte de la escritura, el lector complementa el trabajo del escritor. Con la interpretación de los textos, los personajes y situaciones cobran vida; al estar en boca de otros se irán enriqueciendo con características que no fueron concebidas en su presentación y esto es parte de la magia de las letras.

¡Escriban, que algo queda!

## HELENA ARELLANO MAYZ

Al invitarme a este foro Karl me escribió: “La idea es que hables de tu proceso creador, de cómo ves la literatura, de tus propias obras, de lo que te llevó a ser escritora, y de todo aquello que contribuya a transmitir el significado de lo creativo en ti”.

Comenzaré con un par de aforismos que extraje de los diarios de mi tío. Entre una decena que transcribí una tarde, hay dos que dicen:

“Crear es descubrir lo inusitado...y encontrar la palabra que revele su hallazgo”

“Crear es memorar un ineludible encuentro entre el silencio y la palabra”

Crear, más allá de “inventar” algo nuevo, resulta para mí un recomponer, ensamblar un *collage*, es un develar, quitarle el velo, alumbrar para que yo misma pueda ver “eso” que palpita en las profundidades de mi propio aliento con deseos de salir, de aflorar. Aquello que llamamos “creación” podrían ser semillas dormidas como los óvulos de una niña al nacer. Las semillas requieren maduración, ser germinadas, luego gestadas para -dado el tiempo necesario- brotar, venir a la luz. Afirmarse, decir sí al deseo de su devenir. Revelar un hallazgo o señalar ese encuentro que antes fuera silencio y luego se hiciera imagen o palabra. Es hacer visible lo invisible como diría Paul Klee.

Para este coloquio volví a leer un librito que tiene tiempo en mi biblioteca. Al comprarlo me llamó la atención su título *C'est pour cela qu'on aime les libellules* o *Es por ello que nos gustan las libélulas*, una frase de Kafka con la que el rabino, doctor en filosofía, Marc-Alain Ouaknin titula su libro. Un ensayo sobre las búsquedas, reflexiones y descubrimientos respecto a la escritura.

Comienza por decir: “Puede haber, y hay probablemente en toda una vida, un instante inicial de tal intensidad, de tal fuerza que reorienta la vida entera. Puede ser un libro, un encuentro, un accidente, una ausencia, un retraso, una puesta de sol, una tempestad o simplemente una sonrisa. La escritura de un texto, de un relato, de una pieza de teatro o de una novela es muchas veces el signo, la señal, de ese encuentro con un “momento fundador”. O quizás es más correcto decir, que escribimos para descubrir ese “momento fundador”, el punto inicial, la “conmoción del ser” que nos hace verdaderamente surgir en el corazón de la existencia”.

Les puedo asegurar que en mi caso, fue así. Mi primer atrevimiento a publicar mis líneas se tradujo en una novela corta titulada *¿Murciélago o mariposa?* Constituyen la señal inequívoca de un encuentro fundador que germinó una semilla, una que -como dije antes-

quizás ya existía dentro de mí. Dice Sándor Márai "...el todo es la creación, una corriente profunda que impregna a una persona cuando se encuentra con Eros. Porque Eros tiene mucha fuerza. No es más que una palabra, pero tal vez sea la que designa el sentido de la vida..." ¿*Murciélago o mariposa*? fue un escribir para gritar en palabra impresa. Escribir como una manera de dialogar conmigo misma y con otro.

Cita Ouaknina su maestro: Uno no escribe para justificarse ni para demostrar su talento. "Entra en ti mismo y busca la necesidad que te hace escribir". Una sola pregunta es importante: ¿Acaso me siento obligado a escribir? Si la respuesta es afirmativa, si se formula a partir de un "yo debo", entonces construye tu vida a partir de esa necesidad. "Una obra de arte es buena cuando nace de una necesidad; sólo la juzga la naturaleza de su origen." No quiere decir que en la escritura no haya rigor de oficio, perfeccionamiento en la técnica, perseverancia en el trabajo. Pero siento, que sólo aquella escritura empujada, llamada por una incontrolable necesidad de salir, de existir, de afirmar el deseo, como un vómito que al no expulsarse impide asentarse el estómago, esas letras movidas y removidas son las que marcan huella. Son fuerzas impersonales que van a articularse en una presencia -mía y personal-, convertirse en las trazas visibles del alma de cada escritor.

En noviembre del 2008, a pocos meses de la publicación de mi segunda novela corta *A Dos Manos*, le conté a un amigo:

Ayer tarde me quedé escribiendo unas líneas sobre el porqué de esta novelilla: una justificación innecesaria. Me di cuenta que la forma del libro -el diálogo en correspondencia entre una mujer y un hombre- tiene más de dieciocho años intentando ser. Este texto encierra pre-historia e historia. Alguna vez, recorté y pegué en un cuaderno de hojas blancas los trozos de las líneas impresas que recibí de un hombre y las que yo misma escribía. Hice la primera versión de un libro en diálogo. Ahora inventé la conversación. Debe ser válido, una mujer -que se pretenda escritora- puede darse el lujo de hacer ficción lo que quisiera leer de la mano de un hombre.

Te envió el final de mis reflexiones de ayer:

Cuenta una historia que un *marchand d'art* le había comprado un cuadro sin firma a Picasso, y regresó al cabo de un tiempo para pedirle que se lo firmara. Obtuvo la respuesta: "este cuadro no es mío."

-¡Pero cómo, si yo lo tomé de esta esquina de su taller hace menos de un año!- exclamó el mercader.

Muchas veces me sucede que pinto cuadros que no son de Picasso —replicó el artista."

En literatura, cuántas veces no he leído a Borges preguntándose, una y otra vez, quién escribe lo que él escribe.

¿Será entonces que las verdaderas obras de arte son aquellas en las que el artista se reconoce a sí mismo, mirándose y mirando el mundo afuera?

De ser así, una obra es aquella que a su vez logra hacerle la pregunta: ¿Quién eres tú? a su espectador. Lo invita a entrar en diálogo con ella. Le inquiere de forma especular: ¿Cómo te sitúas con respecto a mí?

"Especular" tiene esa doble vertiente. Por un lado, el de "especulación", porque desconocemos cuál es la verdad del autor ante su creación; por otro, apenas percibimos lo que suscita en nosotros la obra, ésta nos sirve de *speculum*, de espejo. Al movernos, positiva o negativamente hacia ella, la obra nos devuelve una imagen de alguna parte de nosotros mismos.

Pienso que es lo que pretendí al idear el texto *A Dos Manos* en el que los personajes se reconocen y se reflejan el uno al otro en correspondencia -aún sin conocerse-. También, como autora, afirmo con pudor: me reconozco en mis líneas, en mi tono, en la forma que tomó una historia gestada en una pre-historia de hace muchísimos años. Falta ahora que, a su vez, las líneas sean capaces de suscitar en -al menos- un lector que sostenga el libro con sus dos manos, la sencilla, profunda y fértil pregunta: ¿Quién soy yo frente a lo que leo? Si tan sólo consigo uno a quien mis líneas le sirvan de espejo para mirarse a sí mismo, publicar este texto habrá completado un círculo.

"Nuestra identidad está en el relato, en la historia de nuestra existencia", dice Paul Ricoeur. Comprenderse es aprehenderse frente a un texto, nuestro cuento. El "yo" no se posee a sí mismo. Se comprende (aprende) frente a un relato (que aprehende), reenviándolo a su experiencia con respecto a la realidad. Por eso la literatura es necesaria, necesitamos que nos cuenten historias. El relato propone un mundo habitable. Un mundo en sí mismo, más que una ventana a otros mundos. Toda obra de arte intenta hacernos ver algo que no es real, pero al mismo tiempo nos suspende de la realidad para darnos acceso a un sentido más verdadero. La experiencia de la ficción nos da acceso al 'sí mismo' a través de la metáfora del texto. La imaginación nos hace salir del mundo en el que el ser no alcanza a vivir, dándole figuras de liberación, figuras para habitar de otra manera. Toda poética rompe con el mundo cotidiano, abre otro mundo, dibuja la posibilidad de vivir de otra forma.

Por mi parte, ya lo sentía antes de escucharlo de un filósofo famoso, encuentro algo de identidad, me parezco más a "mí" cuando escribo. Dice Ricoeur, que la filosofía lleva el duelo del conocimiento absoluto. Por ello hay conflictos de interpretación. En ninguna parte está dicho el final. Existe el duelo de la última palabra. Existe lo inacabado. "El hombre es la alegría del sí frente a la tristeza delo finito."

"Encontré el convencimiento, siempre misterioso, de que la vida sólo es un pretexto para escribirla", leí de Alejandro Rossi acerca de la obra de Juan Villoro en el Papel Literario. Si pensamos en el concepto de *biografía* de un escritor, de aquel que necesita escribir, podríamos decir que la vida no precede la escritura sino que se engendra con la escritura. Ahí quizás radica lo esencial de escritores como Kafka o Borges. No hay vida de un lado y escritura del otro, pero hay una sola biografía, la escritura de la vida, la vida a través de la escritura.

No pretendo compararme con los escritores citados, sólo decirles que mi incipiente escritura -buena, regular o mala-, -apreciada, despreciada o ignorada-, me da vida.

Casi a manera de epitafio les leo de Clarice Lispector:

“Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo: estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo por mi desesperación y mi cansancio, ya no soporto la rutina de ser yo, y si no existiese la novedad continua que es escribir, me moriría simbólicamente todos los días. Pero estoy preparada para salir con discreción por la puerta trasera. He experimentado casi todo, aún la pasión y la desesperanza. Ahora solo querría tener lo que hubiera sido y no fui.”

### **MARIANA LIBERTAD**

Antes de comenzar a hablar acerca del origen de *Deambulando hacia la lumbre*, es pertinente conversar acerca de por qué escribo. En lo personal, considero que escribir no es una práctica homogénea, sino que cada tipología del discurso obedece a una necesidad de ser, actuar o pensar en una dirección determinada. Así que mi acercamiento a la narrativa está marcado por mis primeros ejercicios de escritura, que buscaban convertirse en ensayos.

El deseo de publicar artículos en revistas académicas o textos de investigación derivó de la necesidad de aproximarme a quienes habían dicho algo antes que nosotros, mientras habitaban un territorio geográfico que -sin ser exactamente el mismo- detentaba un nombre idéntico: Venezuela. Quería tratar de entender cómo había sido pensada e imaginada la nación, antes de ser lo que ahora percibimos, por eso me atrevo a afirmar que comencé a redactar ensayos porque quería entender(nos).

El resultado de este proceso ha sido maravilloso y aunque, ciertamente, nunca logré que intelectuales venezolanas como Dinorah Ramos, Lucila Palacios, Irma de Sola o Blanca Rosa López me hablaran desde la Venezuela de los cuarenta, ni tampoco conseguí que contestaran del todo mis preguntas, creo que sí descubrí -por medio de la práctica ensayística- toda una gama de seres y discursos difíciles de ver cuando se lee en silencio, sin formular preguntas o respuestas frente al texto que nos inquieta. Quizás por eso también me animé a escribir sobre autoras peruanas como María Rosa Macedo, Alida Mc. Parlin, Katia Saks o Mercedes Holguín, y también sobre otras autoras latinoamericanas como la chilena Magdalena Petit o la mexicana Sara García Iglesias, porque también ellas tenían algo singular e insustituible que hacernos entender.

En este punto surge una nueva pregunta: ¿por qué narro? Contar –en todos los sentidos del término- supone poner orden en el medio del caos o, cuando menos, convenir una serie de reglas que permitirán un entendimiento fluido entre quienes, a un mismo tiempo, dicen y son dichos. Como todo miembro del género humano soy inorganizable, por eso supongo que más que narrar, “doy cuenta” de este desorden. Es decir, presento una sucesión de hechos dispuesta a imbricarse en el gran cuento inacabado que constituye nuestra

literatura. De aquí que me resulte lógico aseverar que narro para ser explicada (y aquí necesito ayuda con el enclítico), para que otros hablen por mí.

## II. *Deambulando hacia la lumbre*

La escritura de *Deambulando hacia la lumbre* nació casi de manera accidental, tras hacer un ejercicio de escritura con un cuento titulado “Tacones agujas”. Esta breve historia, inicialmente, trataba sobre una mujer latinoamericana nacida en una familia de clase media emergente. Ella, que llevaba por nombre Trilce, trataba de abandonar –sin éxito- los prejuicios racistas, sexistas y clasistas de su entorno. Ante su debilidad, terminaba huyendo de una fiesta familiar, con el cuidado de recoger la zapatilla para que el príncipe azul que le habían acomodado jamás la encontrara. Así pues, la única manera de convertirse en una nueva individualidad con voz, nombre, pasado e historia, consistía en trasladarse geográficamente a otro lugar y crear nuevos vínculos.

La historia de unas doce o quince cuartillas, me sonaba a ratos inverosímil porque no aparecían de manera explícita los cambios que llevaban a este personaje de ser una mujer predestinada a ciertos gustos, a convertirse en un defensora de “otro modo de ser humana y libre”. Comencé entonces la redacción de un texto guía, una suerte de chuleta que no iba a ser publicada, sino que me serviría para ser consultada y justificar las actitudes de Trilce en la historia principal.

Este documento de Word llevaba por nombre “Trilce Contreras”, apellido que, por cierto, tampoco era mencionado de manera explícita en el cuento. Ahí, comencé a pensar –o quizás de deducir a partir del cuento que ya existía- cómo debió ser la infancia del personaje, el afán de los padres por el ascenso socio-económico, la presión por el exhibicionismo frente a los grupos de referencia, la sobre-exigencia hacia una mujer que, poco a poco, comenzaba a tener otros deseos y otros intereses. También reconstruí los meses antes del viaje en el que, definitivamente, Trilce descubrió que ella no pertenecía a ese espacio donde la habían obligado a entrar. Ahí acababa este previo y se iniciaba el cuento.

Dado que me resultó muy útil este texto de apoyo, decidí redactar otro que contuviera el pasado del segundo personaje del cuento. Se trataba de un amigo, quizás en un futuro una pareja, que Trilce descubría al salir de su país. Juntos conseguían poner en entredicho las taras sociales de las que ambos se querían liberar y, entre los dos, proponían una suerte de refundación del continente y una forma alternativa de convivencia donde lo más bonito de la identidad latinoamericana afloraba. Es decir, los dos personajes se enfrentaban al clasismo, al racismo y a la exclusión, por medio de herramientas como la diversidad idiomática, la solidaridad, el debate, la proximidad física, la fiesta y el sexo.

Se me ocurrió entonces que él también debía haber llegado huyendo. En su caso, al ser hombre, los prejuicios y las exigencias sociales eran otros, pero eran igualmente agobiantes e inentendibles para las personas que trabajan con el pensamiento e intentan funcionar a diario a partir de una lógica más humana. Me dediqué a redactar un segundo documento que también se titulaba con el nombre del personaje y que reposaba, junto a



trilcecontreras.doc, en la carpeta "Teachers". Este nombre se debía a que los dos personajes coincidirían como docentes en una universidad. Paralelamente a la búsqueda de ellos mismos, emprenderían en conjunto la exploración de qué los unía y cuáles eran los límites de su territorio de pertenencia.

Tras verme con el cuento y los dos textos de referencia, se me ocurrió que podía publicarlos los tres juntos y en ese orden. Lo que casi triplicaba la extensión del proyecto inicial. Así fue como, finalmente, surgió la idea de hacer una novela que se desarrollara en un Departamento de español, de una universidad estadounidense donde todos los profesores latinoamericanos buscaran/construyeran/encontraran eso que los consolidaba como identidad más allá de las historias de dolor o sufrimiento que hubieran podido vivir en sus países. En la novela, además, cada uno de los personajes debía mostrar su "antes" y su "durante" el encuentro.

Tras esta decisión surgió una exigencia adicional. Trilce había sido, desde su concepción hasta ese momento, una latinoamericana sin país de origen claro; sin embargo, el proyecto de la novela debía formar un tejido caribeño, sudamericano y andino a la vez. Por tanto, era necesario escoger la nacionalidad de cada uno de los profesores que se encontraban en la Universidad. Tuve entonces que solicitarles su ayuda a los amigos que me acompañaron en esta escritura, para lograr los giros idiomáticos, las conductas claves, las formas de comunicación y los modos de relación que los convertirían en la Patria conjunta.

Por otro lado, cuando dejó de ser una latinoamericana sin país claro, la protagonista cambió de nombre. El homenaje a Vallejo debió desaparecer porque ahora se trataba de una venezolana que, entre otros prejuicios, debía enfrentar las marcas de clase que llevan los nombres propios en este país. Así adquirió su nombre Dhuha Contreras Colmenares. Después de publicar la novela lamenté que no tuviera segundo nombre, que es también una de las costumbres más extendidas en el país. Hugo Andrés también comenzó a llamarse así de manera accidental. Pasé entonces a construir a los otros compañeros que estudiaban y trabajaban con ellos.

Finalmente, decidí que debían estar cohesionados a partir de una figura, en este caso el padre muerto que guía todas las acciones y los recuerdos. Es el personaje que se suicida o que es asesinado debía tener características muy definidas, porque su muerte motorizaría a todos los demás. Tenía que ser un héroe al mejor estilo latinoamericano que condensara todos los valores que ellos, como refundadores, deseaban defender: la autenticidad, la inteligencia, el cuestionamiento permanente, la solidaridad, la hermandad y el apoyo incondicional a los pares.

La pregunta acerca de qué es América Latina y cuáles es su alcance, comienza y termina con el cuerpo de Octavio Modotti. Este personaje, que fue el último en aparecer, acabó por articular el pasado y el presente de todos los involucrados en la historia.

### III. *El resultado*

Una vez que concluyó la novela y el experimento de hacer que cada uno de los personajes contara al otro, me di cuenta de que, casi sin querer, había terminado por proponer las

mismas preguntas que habían guiado desde el año 2001 mi trabajo de investigación. Volví a la reflexión acerca de los límites de la Patria, la nación y la historia. Nuevamente, comencé a pensar en las posibilidades de ser más allá de las fronteras. Latinoamérica, mi país grande, seguía proponiendo una serie de discontinuidades de las que no me gustaría escapar.

Así pues, volviendo al punto de partida de este diálogo, si trato de resumir me encuentro con que escribo para entender(nos), para leer(me) y para ser explicada(-), lo que casi equivaldría a decir que “escribo para estar o para dar cuenta de mí misma”. Como diría Anastasia, aquel personaje mágico de Lina Giménez: “Todos llevamos una ficción apretada en el pecho para poder vivir. El material del que esté hecha es lo de menos; lo importante es que la sintamos suficientemente nuestra para salvarnos de la realidad”





